

MUJERES OCULTAS. 1

*Si te gusta
la novela erótica,
éste es tu libro*

Tras una máscara

Stella Knightley

Índice

- [Portada](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A Mark, por sus ánimos,
su paciencia y su amor*

Prólogo

Venecia, marzo de 1753

Normalmente no habría resultado tan sencillo escapar de la mirada alerta de la carabina, pero por suerte la mujer que Gaetano Giordano había elegido para vigilar a su hija Luciana estaba tan ansiosa por disfrutar de las diversiones de la ciudad como su pupila, una joven de diecisiete años con rostro angelical. La carabina estaba compartiendo una copa de vino con el párroco en el salón situado en el *piano nobile*, mientras Luciana preparaba su huida en su diminuta habitación de la planta inferior, que más que un dormitorio parecía una celda.

Amarrada bajo la ventana del cuarto estaba la pequeña embarcación en la que el sacerdote había ido hasta allí remando personalmente, para evitar preguntas incómodas sobre quién necesitaba confesión a esas horas en las que todas las almas decentes estaban ya durmiendo. Vestida con la ropa de chico que le había robado a su hermano, a Luciana no le costó nada descolgarse desde la ventana gracias a la sábana que enrolló formando una cuerda. Aterrizó suavemente sobre un montón de mantas que el párroco había recogido para repartir entre los pobres y, tras incorporarse rápidamente, desató la cuerda que sujetaba la embarcación. Encontró los remos ocultos bajo las mantas y los colocó en los soportes. Luego, tras bajarse la media máscara blanca que le cubría la cara hasta la nariz y ocultarse el pelo bajo un tricornio, apoyó una mano en la pared y se dio impulso para conseguir que la barca se adentrara en el canal.

Luciana remaba con el mismo estilo que los muchachos con los que había jugado durante los largos veranos

en la laguna, cuando su padre estaba de viaje y las doncellas se hallaban demasiado ocupadas coqueteando para vigilarla. Nadie habría sospechado que bajo su tricornio se ocultaban unos rizos suaves y oscuros que podrían haber inspirado poemas de amor. Ni que bajo la capa y la camisa blanca que se hinchaba al viento..., bueno...

La muchacha dejó la barca del sacerdote a la entrada del Gran Canal. Rápida como un ladronzuelo, se abrió camino entre los juerguistas del puente del Rialto. Era Carnaval. Otra vez. Esa misma mañana, en misa, el cura se había quejado de que últimamente en Venecia cada día era Martes de Carnaval, pero nunca Cuaresma. Viejo hipócrita. Todo el mundo llevaba máscaras; desde lo más granado de la alta sociedad hasta los más pobres entre los pobres, todos trataban de sacar provecho del anonimato mientras se apiñaban a lo largo del canal. Los pilares de la sociedad pellizcaban culos. Las damas de alcurña, normalmente tan refinadas que parecía imposible imaginárselas tirándose un pedo, se levantaban las faldas con la esperanza de notar algo más que la brisa entre los muslos.

Luciana sonrió al reconocer a muchos de ellos. Había socios de su padre y amigos de su difunta madre, todos ellos devotos miembros de la congregación que nunca faltaban a misa. Todos se engañaban creyendo que un trozo de papel maché iba a ocultar su identidad, sin darse cuenta de que se delataban con un gesto de la mano o una risa que parecía un ronquido. Luciana era más lista que ellos. Tenía que serlo. Si la atrapaban, la meterían de cabeza en un convento. Por eso llevaba las manos bien escondidas dentro de los bolsillos del pantalón y caminaba con los pies vueltos hacia afuera, igual que su hermano. Y apretaba mucho la boca para que nadie reconociera sus carnosos labios. Ni siquiera su niñera de la infancia la habría reconocido. Cuando alguien se le acercaba, ella se limitaba a saludar con la cabeza y seguía su camino. Trataba de no establecer contacto visual con la gente. No se detenía. No hablaba con nadie. Tenía una cita y no pensaba faltar.

Al cruzar el desierto mercado del Rialto —con una bóveda tan extravagante como la de cualquier catedral—, Luciana se cerró la capa aferrándola con fuerza contra el cuello. Un grupo de prostitutas que se aprovechaban del alboroto general para salir de su zona habitual en el barrio del Carampane la confundió con el chico que fingía ser, y varias de ellas le ofrecieron enseñarle algo de provecho a cambio de un par de monedas. La más atrevida le mostró incluso sus generosos pechos como aliciente adicional. Luciana se cubrió la boca con la capa para que no la vieran reírse.

—Oh, no está interesado en nosotras, chicas —se quejó la prostituta mientras ella pasaba de largo—. Debe de estar buscando a alguien que le dé clases de griego.

«Si supierais lo que busco, señoritas», pensó ella, y siguió caminando.

La prostituta no lo sabía, pero había estado a punto de descubrir la auténtica misión de Luciana. Sin duda, no lo habrían entendido. Levantando la mirada para consultar el nombre de la vía pintado en la pared, Luciana volvió una esquina y se adentró en una calle en la que no se habría atrevido a entrar a la luz del día y sin disfraz. Ni tampoco sola. Cruzó el ponte delle Tette —el puente de las Tetas—, y se enfrentó a más gritos estridentes de las chicas que trabajaban allí. Sin detenerse, pronto llegó a una zona más tranquila de la ciudad; lo suficientemente tranquila y apartada como para ser peligrosa. Sin embargo, el disfraz le proporcionaba una sensación de invulnerabilidad, y su misión le infundía el valor necesario para esquivar a los ladrones que pudieran estar acechándola en la oscuridad.

Tal como le habían dicho, encontró la casa con la alda en forma de cabeza de mono justo donde la calle volvía a cambiar de dirección. Había llegado. Ésa era la casa que contenía la clave de todo cuanto Luciana quería saber. Rápidamente, antes de que el valor la abandonara, cogió la cabeza de mono y golpeó con ella la puerta para anunciar su llegada. El ruido resonó en el callejón antes de ser tragado y escupido con otro acento por el agua que serpenteaba por la ciudad como si de sangre corriera por sus venas

se tratara. En ese instante le pareció ver una sombra en una ventana al otro lado del callejón y se caló un poco más el sombrero. Nadie podía saber que estaba allí.

Pasó un buen rato hasta que alguien contestó. Si los criados del palacio de su padre tardaran tanto en responder, ya los habrían echado a la calle hacía tiempo. Pero tal vez no había criados en esa casa.

Luciana permaneció frente a la cabeza de mono de bronce pulido sintiendo un gran deseo de estar ya dentro pero, al mismo tiempo, un gran impulso de salir corriendo. No conocía al dueño de esa casa de aspecto modesto, que había accedido a que sirviera de escenario para su cita secreta. Aunque eso no era demasiado importante, teniendo en cuenta que tampoco sabía con quién iba a reunirse exactamente. ¿Por qué se fiaba de un hombre al que apenas conocía? ¿Y si, al haberle pedido que la ayudara a conseguir la educación que su padre le prohibía, había abierto la puerta sin querer a una experiencia que tal vez la llevaría a la muerte?

Por fin, alguien abrió. Ya era tarde para cambiar de idea. Luciana abrió y cerró los labios pero no le salieron las palabras. Estaba paralizada, como hipnotizada por los ojos oscuros que la miraban divertidos. Al ver a su nuevo maestro en el umbral de la casa, llenándolo por completo con sus anchos hombros cubiertos por una sencilla camisa blanca, Luciana sintió la súbita necesidad de echarle los brazos al cuello y rogarle que la mordiera con esos dientes tan blancos. Su boca, tan sensual y generosa, se abrió formando una sonrisa cálida pero traviesa al mismo tiempo.

Cuando la cogió de la mano para hacerla entrar en la casa, la muchacha sintió un cosquilleo de excitación en cada centímetro de su piel. Confusa y nerviosa por las emociones que la visión de su nuevo amigo le despertaban, tuvo la inquietante sensación de que ese hombre iba a enseñarle mucho más que filosofía.

1

Venecia, en la actualidad, enero del año pasado

Uno nunca olvida la primera vez que ve Venecia.

Al dejar atrás Inglaterra en el avión de las 7.40 que partía del aeropuerto de Gatwick, sólo podía pensar en lo mucho que echaba de menos mi cama. Había salido de casa cuando aún era noche cerrada. En el frío aire londinense se adivinaba la posibilidad de que fuera a nevar, pero ahora, tan sólo dos horas y media más tarde, estaba a la orilla del mar, a pleno sol.

El muelle que había junto al aeropuerto Marco Polo de Venecia no tenía nada que ver con la plataforma de la estación Victoria donde había tomado el tren lanzadera hacia Gatwick.

Aunque estábamos todavía en enero, la calidez de esos inesperados rayos de sol hizo que me desabrochara el abrigo y que me aflojara la gruesa bufanda de lana que pensaba que tendría que llevar hasta abril.

Levanté la cara hacia el cielo y dejé que la luz me bañara como si fuera un animal que acabara de salir de su madriguera tras la hibernación. Permanecí quieta, como en un sueño, permitiendo que el sol me calara hasta los huesos maltratados por el invierno hasta que me di cuenta de que la multitud que me rodeaba había vuelto a ponerse en movimiento para subir a un barco.

El ferry municipal con el casco pintado de amarillo cruzaba las someras aguas renqueando y dejando una espesa nube de humo gris a su paso. Sin embargo, en ese momento nada podía enturbiar la belleza de la mañana. La luz del sol se reflejaba en el arenoso fondo de la laguna poco pro-

funda, bañando el mundo con tonos amarillo limón, rosa y azul celeste. Encontré un sitio libre junto a una ventanilla salpicada de sal y, mientras mis compañeros de viaje atendían sus teléfonos, que no dejaban de sonar, yo observaba la vida sobre el agua. Un bonito taxi acuático pasó junto a nosotros a toda velocidad, como si de un pez volador se tratara. Sólo me dio tiempo de ver un segundo a sus ocupantes, que se estaban abrazando. Un momento de afecto para ellos; una pequeña punzada de angustia para mí.

A babor se alzaba una isla. Alargué el cuello y vi un embarcadero, una diminuta iglesia y una casa sencilla, con ropa tendida en el patio. Luego el ferry pasó frente a Murano, la isla donde los artesanos trabajan el cristal, tan cerca de la costa que casi podíamos ver el interior de las casas de los isleños.

Después pasamos frente a San Michele, la llamada «isla de los muertos», con los altos muros de su cementerio y los cipreses de aspecto triste. Todos los pasajeros bajamos entonces la mirada en señal de respeto, y en el ferry se vivieron momentos de introspección.

Y por fin llegamos a la propia Venecia. Estaba tan cerca que podríamos haber llegado a nado. Era exactamente como la mostraban los cuadros. Un batiburrillo de orgullosos *campanili*, ladrillos rojos, mármol blanco, cálida terracota y muros enyesados y pintados de color mostaza. Mil postes de madera se clavaban en el agua, marcando las rutas más seguras para llegar a tierra. Venecia debía gran parte de su éxito a que la laguna era muy traicionera. A lo largo de los siglos, muchos de sus enemigos se habían quedado atascados en las zonas poco profundas sin marcar.

¡Ahí estaba! ¡Por fin! Mi primera góndola. Quedé tan sor prendida al verla —era una góndola auténtica, con el elegante casco negro y el ornamento de hierro en la proa— que me volví para compartir mi alegría con alguien. Sin embargo, la visión era demasiado cotidiana como para que la abuela veneciana que viajaba a mi lado se entusiasmara.

—*Si, gondola* —dijo la mujer, como si pensara que yo era un poco retrasada.

—*È la mia prima* —le aclaré.

Ella asintió y sonrió.

—*Sì, sì.*

La anciana sabía que no sería la última.

Cuando el capitán del ferry puso la marcha atrás antes de bajar la pasarela sobre el muelle, los demás pasajeros empezaron a recoger sus cosas, como si sintieran que el viaje había acabado. En cambio, al poner un pie en tierra y mirar a mi alrededor con la debida admiración, yo tuve la sensación de que el mío acababa de empezar.

2

—¡Sara Thomson! Bienvenida a Venecia, querida.

Reconocí a Nick Marsden, doctor en Historia, de la vez que lo había visto en la polvorienta sala común de los académicos en la Universidad de Oxford. Qué distinto se lo veía aquí, en Italia. El profesor se había librado de sus gastadas americanas de tweed con coderas y ahora llevaba puesta una chaqueta que revelaba una constitución atlética en la que no había reparado la primera vez que lo vi. Su única concesión a la estación invernal era la bufanda con los vivos colores de la universidad que llevaba al cuello. El pelo castaño, que en Oxford llevaba engominado hacia atrás, le caía ahora sobre la frente de un modo muy atractivo, ocultando a medias sus inteligentes ojos azules, y le confería un aire muy interesante. Se dirigió hacia mí sonriendo como si fuera una vieja amiga en vez de una molesta distracción, lo que tenía mérito, teniendo en cuenta que había llegado en domingo.

—¿Qué tal el viaje? —me preguntó.

—Bien, muy bien —respondí—. El vuelo salía muy temprano, pero...

—Pero ver Venecia por primera vez hace que se te olvide el madrugón y el cansancio, ¿verdad? ¿Qué te parece la *Serenissima* de momento?

—Es exactamente como la había imaginado —repuse—. Bueno, lo que quiero decir es que parece exactamente igual que en los cuadros de Canaletto del siglo XVII.

—¿A que sí? —Nick sonrió como si acabara de alabar un trabajo suyo.

—Pensaba..., no sé. Pensaba que habría más edificios modernos.

—Ah, Venecia es muy buena resistiéndose a los cambios —señaló él—, aunque ya verás que los setenta dejaron huella en tu apartamento.

—Estoy segura de que me encantará.

—Seguro, si te gusta el color marrón. Sígueme.

Nick insistió en llevar mis maletas mientras recorríamos lo que quedaba de camino hasta mi nuevo hogar. Al cabo de un rato me alegré de que fuera tan caballeroso. El apartamento propiedad de la universidad donde pasaría los meses siguientes se encontraba en el distrito del Dorsoduro. Logré memorizar el nombre de la estación de *vaporetto* en la que debía bajarme para llegar allí, pero después ya me perdí. Nick empezó a andar a gran velocidad subiendo y bajando puentes jorobados y adentrándose por un laberinto de callejas imposible de recordar.

—Luego te dibujaré el camino para llegar a la facultad en un mapa —me prometió mientras seguía andando delante de mí a toda velocidad y gritando nombres de calles que nunca acababa de entender del todo.

—¡Esto es un laberinto! —grité a su espalda.

—Con el tiempo te acostumbras.

Me pregunté cómo era posible que alguien se acostumbrara a Venecia. Las calles de la ciudad eran como el decorado de una película. Si no hubieran estado llenas de turistas del siglo XXI, habría pensado que había viajado en el tiempo.

A cada nueva calleja, algo antiguo y maravilloso captaba mi atención y me dejaba con la boca abierta. Nick no aflojaba el paso, así que tenía que correr para no perderlo de vista, resistiendo las ganas de detenerme a contemplar las prometedoras pinceladas de mil y una cosas que iba a tener que examinar más de cerca.

—Ahí, a la izquierda, venden el mejor helado de toda Venecia —me indicó por encima del hombro—. A la derecha tienes un buen restaurante, aunque el dueño es muy desagradable.

Cruzó otro puente en tres pasos; sus piernas debían de ser el doble de largas que las mías. Se hizo a un lado para

dejarle el camino libre a un cartero y su carrito. Luego estuvo a punto de acabar en el canal cuando se cruzó con una abuela que se balanceaba de lado a lado cargada con bolsas de la compra.

Finalmente se detuvo frente a un edificio de tres plantas pintado de un rojo violáceo. Los postigos, de color verde bosque, empezaban a descascarillarse.

—Y aquí está Ca' Scimmietta —anunció—. Te ayudaré a abrir la puerta. Cuesta un poco desatascarla. Es una de las cosas malas de Venecia: todas las puertas se atascan. ¡Dichosa humedad!

Nick se rio como si hubiera hecho un chiste muy gracioso y sacó la llave. Había una cerradura de latón en la puerta pero ya no se usaba. La habían jubilado y, aunque seguía en su sitio, la cerradura que abría ahora era moderna y prosaica. La vieja aldaba seguía también en su lugar. Mientras él se peleaba con la llave que no quería girar, apoyé la mano en la cara de un mono sonriente. La sonrisa hacía que tuviera un aspecto más humano que animal. Tenía el morro pulido, más brillante que el resto de la cara a causa de las cien mil caricias de las manos que habían llamado a la puerta a lo largo de los años.

—Ca' Scimmietta significa «casa del monito» —explicó Nick—. Aunque nadie sabe cómo vino a parar esa caprichosa criatura hasta aquí. Es evidente que la robaron de una mansión mucho más lujosa.

—Tal vez debería investigarlo. No hay nada que me guste más que un misterio histórico.

—Me recuerda un poco a mi abuela —repuso él, dándole un afectuoso golpecito al mono antes de abrir la puerta al fin usando una combinación infalible: soltar tacos en tres idiomas distintos mientras se propina un golpe a la puerta con la cadera—. *Voilà!* Dentro de un par de meses lo tendrás dominado.

Me imaginé con moratones en las caderas durante los dos meses siguientes.

Seguí a Nick al interior de la casa. El gran vestíbulo, de suelo empedrado, era bastante oscuro. Las paredes esta-